



BOLETIN DE EXERCICIO

DEL

OBISPADO DE LEON.

SECRETARÍA DE CÁMARA.

Continúa la suscripción de la Diócesis de Leon en favor del Romano Pontífice.

Reales es.

SUMA ANTERIOR.	98,526 42
D. Isidro del Caño, Párroco de Vega de Villalobos, por segunda vez.	100
D. Manuel Lopez, vecino de id. por tercera vez.	57
D. Victor Olea, Boticario de Sahagun por cuarta vez.	40
TOTAL: . . .	98 723 42

Leon 8 de Abril de 1861. = Miguel Zorita Arias, Secretario.

NOTICIAS DE LA DIÓCESI.

Nuestro Excmo. é Ilmo. Prelado continúa adelantando en su convalecencia.

Con profunda sensacion se recibió en los países católicos, la noticia de que Su Santidad habia padecido un ataque apoplético mientras oficiaba en la capilla Sixtina en el último dia de Pascua. Pero gracias á Dios la noticia era exagerada, no habiendo sido mas que un desmayo lo que sufrió Su Santidad, sin que se teman consecuencias graves, si bien la salud del Padre comun de los fieles se resiente mucho de la tri-

bulaciones y amarguras casi no interrumpidas durante el Pontificado del bondadoso Pio IX.

S. M. la Reina ha mandado que, por conducto del señor ministro de Estado, se haga presente al Padre comun de los fieles la profunda satisfaccion con que se ha enterado de su noble y caritativo proceder por el donativo de 40,000 rs. hecho por Su Santidad para socorro de los desgraciados que gimen hoy en la miseria por efecto de las últimas inundaciones. Al propio tiempo ha tenido á bien determinar S. M. que se den tambien en su real nombre las mas espresivas gracias por su generoso donativo de 2,000 reales al representante de Su Santidad en esta córte.

Para apreciar debidamente la generosidad del Sumo Pontífice en esta ocasion es preciso tener en cuenta que Su Santidad se halla en las mas críticas circunstancias, y privado ademas de los recursos que le suministraban las provincias de que ha sido despojado.

Principian á circular por Madrid onzas de oro rellenas de otros metales, que, segun se cree, proceden de Gibraltar, donde se ejerce esta industria con toda clase de moneda gruesa. Para conocer el fraude, es preciso ver si el borde ó cordoncillo tiene alguna soldadura ó señal de taladro, observando además si hay regularidad en el peso y en el sonido.

ADMINISTRACION ECONOMICA DEL OBISPADO DE LEON.

Continúa la liquidacion de haberes atrasados correspondientes al Clero de todo el Obispado.

Castilla.	D. Gregorio.	20.384,05
Campillo.	D. Basilio.	15.530,02
Caso.	D. Blas.	17.257,64
Carbajosa.	D. Ramon.	1.258,89

Cañivano.	D. Francisco.	2.942,42
Cepeda.	D. Candido Miguel.	14.744,12
Centeno.	D. Bernardino.	15.043,56
Caño.	D. Isidro del.	18.252,88
Camino.	D. Juan.	17.201,13
Casasola.	D. Joaquin.	2.905,42
Castañeda.	D. Francisco.	2.164
Castro.	D. Sebastian.	9.921
Castro.	D. Pedro de.	2.772,94
Conde.	D. Benito.	3.750
Cfd.	D. Joaquin.	1.739
Cazurro.	D. Francisco.	13.959,32
Cuadrillero.	D. Florencio.	15.481,05
Costilla.	D. Máximo.	13.975,61
Cuadrillero.	D. Guillermo.	4.874
Caminero.	D. Gregorio.	3.574
Cuesta.	D. Hilario.	3.849
Cerezo.	D. Manuel.	6.553
Campomanes.	D. José Antonio.	4.400
Corrales.	D. Lorenzo.	3.086,65
Camarazana.	D. Santos.	2.503
Castaño.	D. Francisco.	3.381,67
Caso.	D. Vicente.	1.155
Casado.	D. Bernaré.	1.193
Calbo.	D. Julian.	1.155
Calavaza.	D. José.	2.750
Dominguez.	D. Manuel.	6.185
Diez Miranda.	D. Antonio.	3.574
Dominguez.	D. Cándido.	6.968,21
Diez.	D. Manuel.	26.032,38
Diez Canseco.	D. Francisco.	1.959
Diez.	D. Dionisio.	16.067,84
Diez.	D. Joaquin.	18.340
Diez.	D. Juan.	18.558
Diez Canseco.	D. José.	8.686,50
Diez.	D. Angel.	13.901,70
Diez Miranda.	D. Fernando.	15.752
Diez.	D. Nicolás.	13.558,12
Diez.	D. Gregorio.	16.790,66
Diez.	D. Domingo.	19.882,90
Diez.	D. Timoteo.	12.119,14
Diez.	D. Santiago.	7.204
Diez.	D. Agustín.	19.202,14
Diez.	D. Martín.	19.857,90
Diez.	D. Narciso.	19.831,64
Delgado.	D. Pedro.	24.216

Diez.	D. Ignacio.	6 678
Diez.	D. Francisco.	19.539,64
Diez.	D. Manuel.	11.153,38
Lios.	D. Juan de.	3.228,88
Dominguez.	D. Fernando.	15.455,60
Diez Canseco.	D. Francisco.	1.959
Diez.	D. Martin.	7.514,50
Diez.	D. Valentin.	26.540,47
Diez.	D. Felix.	9.885,60
Diez.	D. Francisco.	9.154,92
Diez.	D. Ambrosio.	17.809,05
Diez.	D. José.	9.936,44
Diez.	D. Gregorio.	1 504,31
Diaz.	D. Francisco.	15.688,02
Diez.	D. Simon.	2 250
Diaz.	D. Martin.	12.313,76
Diez Canseco.	D. Pedro.	27.679,46
Diez.	D. Antonio.	12 093,96
Diez.	D. Ramon.	23 824,69
Diez.	D. Simon.	6 677,12
Diez.	D. Francisco.	7.771,03
Diez Moreno.	D. Santos.	2 201
Diez.	D. Felipe.	7.488,68
Diez.	D. Joaquin.	8.030,71
Diez.	D. Pedro.	4.874
Diaz.	D. Clemente.	2.062,50
Evia.	D. Domingo.	7 080
Estrada y Rabayo.	D. Vicente.	19.354
Espinosa.	D. Joaquin.	848
Estevanez.	D. Pedro.	11 148
Estrada.	D. Pascual.	26 557,19
Enrique.	D. Antonio.	29.215,67
Estevanez.	D. Manuel.	8 185,99
Estevanez.	D. Juan.	15 762,90
Escapa.	D. Francisco.	10.409,81
Escarda.	D. Inocencio.	8 966
Espinosa.	D. Luis.	20 322,10
Escudero.	D. Isidoro.	7.532,56
Escobar.	D. Baldomero.	3.574
Espeso.	D. Manuel.	9 571,05
Estevanez.	D. Rafael.	15 708,14
Escobar.	D. Nicolás.	8.999
Escudero.	D. Nicolás.	1 951
Fernandez de Carcaba.	D. Faundo.	4.855
Fernandez Getino.	D. Francisco.	13.381
Florez.	D. Dionisio.	3.695

Fernandez Barrera.	D. José.	3.284
Fernandez.	D. Francisco.	8.540
Fernandez.	D. Juan.	12.338
Flecha.	D. Marcelino de la.	15.355
Fierro.	D. Pascual.	11.576
Fernandez.	D. Pedro.	22.360
Fernandez Castaño.	D. José.	18.595,04
Fernandez.	D. José.	14.559,58
Fernandez.	D. Santos.	8.564,03
Fernandez.	D. Servando.	12.185
Fernandez.	D. Juan.	16.626,05
Fernandez.	D. José.	8.689,26
Fernandez.	D. Luis.	22.668,05
Fernandez Acebedo.	D. Carlos.	17.561
Fernandez.	D. Antonio.	12.613
Fernandez Quiros.	D. Manuel.	14.633,26
Fernandez Reyero.	D. Lucio.	16.629,99
Fernandez.	D. Juan Manuel.	22.355,65
Fernandez.	D. Isidoro.	21.045,03
Fidalgo.	D. Policarpo.	23.195,34
Fernandez.	D. Manuel.	13.282,74
Ferreras.	D. Eduardo Antonio.	29.361,28
Fernandez.	D. Juan Manuel.	21.248,10
Fernandez.	D. Isidoro.	5.532,17
Fidalgo.	D. Benito.	19.809,55
Fernandez.	D. Gabriel.	17.317,69
Ferreras.	D. Antonio.	4.245
Fermin.	D. Vicente.	6.027,53
Fernandez Sotillo.	D. Pedro.	10.847,24
Ferreras.	D. Domingo.	31.509,54
Fioranes.	D. José de la.	15.396,26
Fuente.	D. Vicente.	24.986,62
Fuentes.	D. Matias.	19.528,81
Fuente.	D. Facundo.	4.124
Feijóo.	D. Felipe.	25.830,36
Fernandez de la Concha.	D. Manuel.	19.995,45
Fernandez.	D. Manuel de la.	764,08
Fuente.	D. Mariano.	16.174,9
Fernandez Tejerina.	D. Vicente.	15.204,49
Fernandez.	D. Juan de la.	9.234,18
Fuente.	D. José.	4.938
Francisco.	D. Leandro de la.	7.428,44
Fuente.	D. Gregorio.	21.460,47
Fernandez.	D. Juan.	11.953,17
Frechoso.	D. Antonio.	11.689,01
Fernandez.	D. Miguel.	7.740,50
Fernandez.		

(Se continuará)

LA CRUZ DE PIO IX.

Intellexit ergo Petrus
quod iterum Christus,
crucifigendus esset in
servulo.

(SAN AMBROSIO.)

Cuando Nerón comenzó la primera persecucion general contra el cristianismo, los fieles de Roma, temiendo por la preciosísima vida de Pedro, le escitaron con lágrimas á sustraerse, por medio de la fuga, al furor del tirano. Y Pedro, movido por las instancias de los cristianos, salió de Roma por la puerta Capena. Pero andando, encontró en el camino á Nuestro Señor Jesucristo, oprimidas sus espaldas con el enorme peso de la Cruz.

«*Dómine, quo vadis?* Señor, ¿adónde vais?» le preguntó Pedro con santa familiaridad. Y Jesús le dijo: «Voy á Roma para ser de nuevo crucificado.

Pedro comprendió bien pronto la reprension que encerraban estas palabras, y conocido le fué el plan de la Providencia, que queria se continuase en el mundo la grande obra de la expiacion. Jesucristo resucitado no debía morir ya mas:

pero debía padecer y morir continuamente en la persona de su Vicario. Pedro volvió á Roma y poco tardó en elevarse para él, sobre el *Janiculo*, la Cruz que antes se elevára para Jesús en el *Calvario*.

Los Papas consagraron este grande hecho de la aparicion de Cristo á San Pedro, con una Iglesia fabricada en Roma, que lleva por este motivo el nombre de *Iglesia de Domine quo vadis?* Pio IX con frecuencia entraba á orar en esta Iglesia, cuando á ella se acercaba para inspeccionar los trabajos ordenados por él en el cementerio de San Calixto. Conocedor del porvenir el reinante Pontífice, suplicaba en aquel lugar sagrado que se apartara de sus lábios el cáliz de la amargura y de los sufrimientos; mas, *cúmplase*, concluida su oracion, *cúmplase siempre la voluntad de Dios*.

Y era la divina voluntad que Pio IX padeciese por esta Italia degenerada, ingrata y descreida, por esta Europa, víctima del escepticismo y de la indiferencia. Y el Vicario de Jesús se conformó en todo con los decretos del Altísimo.

Edmundo Lafond, en la

Voie douloureuse des Papes, dice que ha poco tiempo paseaba Pio IX por las galerías de su palacio, y con la suave amabilidad que le distingue, llevaba de la mano un niño francés, al cual iba mostrando los cuadros del Vaticano. Al llegar al cuadro de la Crucifixion de San Pedro, Pio IX suspiró, y dijo al niño: *He ahí mi retrato!*

La ingratitude es la cruz que hoy atormenta al gran corazón de Pio IX. El que se queja con las palabras del divino Maestro: ¿Por qué pretendéis darme la muerte, á mi, que Os he dicho la verdad? Os he hecho muchos beneficios; ¿por qué razón queréis quitarme la vida?

El Papa-Rey, dice el mismo Gioberti en el *Primato*, pág. 48 fué el creador del genio Italiano, é hizo inmensos servicios á nuestra nacion. ¿Y este es el motivo que tienen los Italianos para desear el despojo y la muerte del Papa-Rey?

«Pio IX, dice el apóstata Gazzari en *Los Tres Apóstoles*, pág. 122, fué el Pontífice de las reformas, el Pontífice de la amnistía, el Pontífice de la clemencia, el Pontífice de nuestra armonía, de nuestra prosperidad y de nuestra dicha; el

»Pontífice que nos ha dado un nombre, un estado y un porvenir.» ¿Y por esto los italianos se muestran tan furiosos contra el Pontífice Pio IX?

«Pio IX, decia la *Gaceta del Pueblo* el 15 de Julio de 1848, es un ángel, ha sido el primer redentor de la Italia, ha renovado, por decirlo así, el espectáculo de la creacion, y de una Europa, reducida á una abyeccion peor que la nada, su espíritu ha formado la nueva Europa.» ¿Y por esto la Europa abandona á Pio IX, entregándole en manos de sus enemigos?

El mismo Cavour, en el *Risorgimento* correspondiente al 14 de Enero de 1848, decia que el Sumo Pio era uno de los mas celosos Pontífices que se habian sentado jamás en la cátedra de San Pedro, y que sostenia la causa de Italia con modo noble y enérgico.

Y por esto Cavour hace tan cruda guerra al Pontífice, y ni aun en Roma quiere dejarlo tranquilo!

«Pio IX, decia Azzeglio el 11 de Agosto de 1847, en *El Ausonio*, merece honor y gratitud, no solo por parte de sus propios súbditos, sino tam-

«bien por la de todos los italianos.»

¡Y es esta la gratitud que hoy muestra Azzeglio, difamándolo, haciéndole la mas fuerte oposicion, despojándolo y hasta queriendo destruirlo?

¡Ah! ¡Que Cruz tan dolorosa para nuestro Padre Santo, el verse tan mal correspondido por sus hijos, y tan tristemente recompensado por sus beneficios! Como la Iglesia pone en los labios de Cristo sus lamentaciones para con el pueblo *deicida*, lícito nos será tambien escribir con el lenguaje amargo que podia dirigir á la Italia el crucificado Pontífice.

«Pueblo mio, podria decir Pio IX, ¿qué mal te he hecho? ¿En qué cosa te he contristado? Respóndeme. Nadie hablabá de tí; eras un pueblo muerto, un nombre geográfico, y te he llamado á la nueva vida, y le he mostrado á la Europa, y te he infundido una noble energía, una sublime actividad. ¡Y tú, me has preparado la Cruz!

Pueblo mio, yo he conservado la Roma antigua, y por mis esfuerzos, por los esfuerzos de los Papas, Roma no ha tenido la suerte de Tébas, de Meufis y

de Babilonia. Yo he construido la Roma moderna, y la he convertido en la primera ciudad del mundo. Y tu, pueblo mio, ¿quieres despojarme de ella, y entregarla á otro señor?

«¡Oh Italia! Yo te he dado un cetro real, y tu me ofreces una corona de espinas. Yo he apagado tu sed con las aguas de la fé, de la verdad y de la sabiduría y tú pretendes abrevarme con amarguísima hiel. Yo te llevo á la gloria del cielo, y tú, pueblo mio, me conduces con violencia al pretorio de Pilatos. Yo por tí he luchado con los imperantes que aspiraban á dominar en toda la Italia, y tú en recompensa, procuras mortificar á tu salvador con crueles azotes.»

Y estas quejas podrian dirigirse, lo mismo que al pueblo italiano, al Emperador de los franceses, al cual pudiera muy bien decir Pio IX:

«Te hallabas en el destierro; yo te di acogida en mis Estados, y tu ahora quieres privarme de ellos. Te salvé la vida en Spoleto, y me persigues en Roma. Yo empeñé mi cruz episcopal para darte dinero cuando eras pobre, y tú hoy nada puedes darme, siendo muy rico. Te dí

mi bendición, te hice Emperador, y tú hoy me dejas morir en la Cruz. Acepté la paternidad espiritual de tu hijo, y quizá tú en aquel mismo día juraste mi perdición.»

Y al Piamonte podría decir Pio IX:

«Siempre los Papas llenos
»estuvieron de amor para con-
»tigo, y tú hoy me muestras
»tanto rencor: Pio VII escribió
»el elogio de tus príncipes, y tú
»no haces mas que estampar
»contumelias contra los roma-
»nos Pontífices. Pio VII antes
»quiso perder su trono que
»lanzar de Roma á los súb-
»ditos del Piamonte; y el go-
»bierno piamontés me ha des-
»pojado de las Romanías, de las
»Marcas y de la Umbría. Yo
»con mi bendición te he rega-
»lado una espada, destinada á
»servir contra los enemigos de
»la Iglesia, ¿y esa espada habrá
»ahora de convertirse contra
»mí?»

Y Pio IX podría recordar los empleos y los sueldos á los Farinis, los honores y socorros á los Mazzinis, á los Peppolis la benevolencia y los beneficios, y á todos el perdón y el tierno abrazo de padre.

Y ¿cuál ha sido la recom-

pensa de tanta bondad, de tanta clemencia y de tanto amor?

Y estos recuerdos son la Cruz de Pio IX. Si la persecución emanase de los Turcos ó de los protestantes ingleses, Pio IX podría soportarla en paz. ¡Pero una horrible persecución, emanada de los italianos, de los piamonteses, de sus propios hijos!...

¡Ah Padre Santo! sobrada razón teneis para quejaros de nosotros. Pero sabed que, entre estos hijos desapiadados y crueles, existen todavía muchos buenos, afectuosos y reconocidos. Y como la ingratitud de vuestros enemigos es la Cruz que mas os mortifica, nosotros procuraremos aliviar vuestros padecimientos con nuestra devoción y con nuestra gratitud.

Sabemos cual es nuestro deber en tan aflictivas circunstancias, y procuraremos cumplirlo con el auxilio del cielo, mientras conservemos aliento en nuestro corazón.

Si, Padre Santo, mientras unos italianos os despojan, otros italianos pondrán sus bienes á vuestros pies. Mientras plumas italianas os maldicen, jamás cesarán las nuestras de defenderos y bendeciros. Procurare-

mos ser tan buenos, como malos son vuestros adversarios. Crecerá nuestro afecto á medida que veamos crecer el ódio de vuestros enemigos. Y nuestra piedad de hijos reconocidos se afanará por enjugar alguna de tantas lágrimas como os hace verter la ingratitude de hijos extraviados.

CONFERENCIAS

PRONUNCIADAS EN LA CATEDRAL DE
PARIS, POR EL R. P. FELIX, DE LA
COMPAÑIA DE JESUS EN 1860.

(CONTINUACION.)

Sí: por este simpático lazo, primicias de su amor, se siente encadenado á la pátria, asociado á sus desventuras y á sus prosperidades, á sus glorias y á sus humillaciones; por este lazo se siente consagrado, juntamente con los suyos, con toda su hacienda, con toda su fuerza, con todo su valor, á la proteccion y á la defensa de la pátria; por este lazo, en fin, todo hombre bien educado es para su pátria una espada y un escudo, un soldado en la guerra y un soldado en la paz!...

De esta manera queda el hombre encadenado á la pátria con raíces profundas que nada basta á quebrantar; ni la persecucion, ni el destierro, ni la barbárie. De esta manera la familia prepara á la sociedad defensores verdaderamente abnegados, para quienes la palabra *morir por la pátria*, no es un grito vano que resuena en el motin, sino el grito espontáneo de la vida que resuena en su lugar natal; grito generoso de verdaderos héroes, prontos en efecto á defender la pátria y á morir por ella, porque han aprendido á amar dos cosas santas que se ama siempre con ella, los altares y los hogares. Es muy singular ciertamente que esta pasion de morir por la pátria se exprese en todas las lenguas con aquellas dos palabras famosas: *pro aris et focis*. Si á estas dos cosas se agregan las cunas en que duermen los pequeños, y los sepulcros en donde con amor y dolor se guarda el culto de los antepasados, teneis todo lo que liga al hombre con la sociedad refiriéndola á la familia, y con la pátria refiriéndola al hogar. Quitad sino todas estas cosas santas, el hogar, los altares, las

cunas y los sepulcros; ¿y qué restará para unir al hombre con la patria y consagrarlo á su defensa? Nada: la patria pierde todo su poder al perder todo su encanto, y queda reducida á una helada abstraccion, incapaz de crear abnegaciones y de suscitar defensores.

¡Desdichadas, por tanto, aquellas sociedades en que de día en día se van multiplicando poblaciones sin hogar que defender, sin cunas que proteger, sin sepulcros que honrar! ¡Doblemente desdichadas cuando, sin ninguno de estos santos y patrióticos bienes, se han quedado por añadidura sin altares, ante los cuales doblen la rodilla! En los días de las grandes crisis, no hallarán, no, esas sociedades los defensores que pide el comun peligro; sino que solamente oirán pasar entre el rumor estrepitoso llevado por el viento de las revoluciones, los soldados del egoismo, reclutados por el motin; no hallarán aquellas legiones heroicas que, en el corazon de la paternidad, bebieron la pasion de dar la vida por defender la tierra en que se nació su cuna; y por sus desastres sabrán, en fin, las consecuen-

cias de no haber hecho á la familia fuente del patriotismo, y al hogar baluarte de la patria!

La más temible amenaza suspendida sobre esta gran ciudad, en que á ciertas horas se forjan los rayos que conmueven á Europa, consiste quizás en el acrecentamiento cada vez mas espantoso de hombres sin familia, ¿Habeis contado, en esta inmensa poblacion, cuántos hogares permanentes se hallan, en que la familia sume siquiera tres generaciones? ¿Quereis saber, señores, qué cosa es la mas rara de encontrar en París? Pues dícese que son los parisienses. Y no penseis que esto sea un juego de palabras con que yo pretenda burlarme de nuestras desventuras: seria juego muy cruel! es un signo de los tiempos actuales, que hace temer á mi corazon por la suerte de mi patria. ¿Qué va á ser, me pregunto, qué va á ser, más pronto ó mas tarde, de este corazon de Francia, centro de la vida moderna, que así va perdiendo, con el amor de la familia y el culto del hogar, la más firme defensa de la patria?

El hombre sin hogar es casi siempre un hombre peligroso; al verse aislado, fácil-

mente se ensaña contra la sociedad, á quien á causa de su aislamiento: nada le liga con su pátria, ni lo pasado ni lo porvenir; para él no existe más que el presente fugitivo día. Si le oprimen infortunios, cree sentir sobre sí la mano cruel de una sociedad que le aplasta, y su corazón rebosa de iras contra ella; y desde este punto su fuerza toda, si tiene fuerza, su génio todo, si tiene génio, no son ya para la sociedad una defensa, sino un peligro; no son ya un escudo presto á protegerla, sino una espada presta para herirla.

Por el contrario, el hombre de familia está ligado por mil poderosos vínculos á la sociedad que le protege; está ligado por sus padres, por su mujer, por sus hijos; está ligado por su presente, por su pasado, por su porvenir; está ligado por sus sepulcros, por sus cunas, por sus altares; y más principalmente lo está por aquel hogar tutelar que abriga junto con él á su familia entera. De pié entre sus sepulcros tan sagrados y sus cunas tan amadas, entre el hogar en que amó á su padre y el altar en que adora á su Dios, espera, con el ar-

ma al brazo, con el denuedo en el corazón y con la noble altivez en el rostro, á toda barbarie que amenace; á la barbarie de fuerza que con la fuerza brutal camine á embestir á la civilización, y á la barbarie de dentro, cuando sale de las entrañas mismas de la civilización, y pronta á devorar á su madre. Si sucumbe en la lucha, tendido en el umbral de su hogar, muere satisfecho de que su cadáver mismo sea todavía un postrer baluarte para la pátria; y sobre las ruinas amontonadas por los bárbaros, escribe con su propia sangre deramada esta verdad que quisiera yo hoy haber grabado en vuestras almas indeleblemente: la familia, fuente y modelo de la sociedad, es, todavía más que esto, su fuerza, y el más firme baluarte de la pátria.

CONFERENCIA SEGUNDA.

Examinando las relaciones eficaces con que la sociedad pública está unida á la sociedad doméstica, y la pátria á la familia, resulta que la familia es con relacion á la sociedad pública

la sociedad-principio. Es la vida que nace, la vida que se eleva, la vida que se trasmite; es la generacion, la formacion y la tradicion de la vida social, y en este triple concepto, la madre fecunda é ingénuu de la pátria; es, en una palabra, la sociedad-principio.

La familia, con relacion á la sociedad pública, es la sociedad-modelo. En su constitucion entran tres cosas armoniosamente unidas, que son el padre, la madre, y el hijo; en otros términos, la autoridad, el ministerio y la obediencia, en virtud de las cuales es perfecto ejemplar de toda sociedad bien ordenada, pues que resume en sí la autoridad indiscutible, la obediencia afectuosa, y el ministerio abnegado, que son tres condiciones necesarias para la armonia y el progreso de la sociedad.

La familia, principio y modelo de la sociedad pública, es tambien su fuerza y su defensa. Con el amor sincero de la pátria, ó sea el patriotismo, llega á ser el hombre una defensa y una fuerza para la sociedad: de consiguiente, la verdadera fuente del patriotismo es la familia; por medio de ella es como el

hombre está unido á la sociedad, y por amor á cuanto concierne al hogar doméstico, es por quien todo lo arrostra, inclusa la muerte, en defensa de la pátria. El patriotismo que no tenga su origen en la familia, es un patriotismo falso y semi-salvaje: el gran peligro de la pátria, en los tiempos modernos, es la multiplicacion creciente é incesante de los hombres sin familia.

Así, pues, la familia ejerce en la sociedad una influencia decisiva, porque la vida social tiene en la vida doméstica su causa eficaz, su tipo ideal y su natural defensa. Y hé aquí por qué consideramos el perfeccionamiento de la familia y el progreso de la vida doméstica condicion indispensable para el perfeccionamiento de la sociedad y del progreso de la vida social. Hé aquí tambien por qué á fuer de órganos vivos del Verbo que nos envia, repudiamos en su nombre las doctrinas sociales en que se prescinde de la familia, ó se tiende á desarraigarla, la cual, además de ser todavia más desastrosa, es una obra de locos que se empeñan en construir sobre el vacío un edificio imposible; un sueño de

salvajes, que se obstinan en cortar por la raiz el árbol de quien aguardan al fruto. Solamente el Verbo creador y revelador es quien conoce las profundidades ocultas donde ha depositado los verdaderos elementos del acrecentamiento humano, con el objeto de preparar las grandezas de las sociedades. Y precisamente porque la familia es la causa eficaz y el agente constante de la perfeccion humana y de la grandeza social, es por lo que ese mismo Verbo, autor divino de la una y la otra, ejerce sobre la familia misma su accion más profunda y decisiva. Y si el cristianismo, segun ya hemos tratado de demostrar, es la religion del progreso, consiste principalmente en que es tambien la religion que protege, desarrolla, perfecciona, y santifica más que otro elemento alguno la familia humana. Aquellos que no buscan los beneficios de Jesucristo sino en las instituciones públicas y en las creaciones directamente sociales, no comprenden el sentido de la civilizacion cristiana, y se les oculta el misterio más fecundo de la accion que ejerce en la humanidad. En las sociedades cristianas, es indudable

que la accion de Jesucristo se manifiesta en todo y por todo para aquellos que saben reconocerla; porque Jesucristo está en el centro y su irradiacion es universal, si bien en la familia es donde coloca principalmente su accion para trasformar por ella la sociedad procedente de la familia, y en el hogar es donde toma su punto de apoyo para levantar el mundo y elevarlo hasta sí.

Hé aquí, señores, por qué, despues de haber demostrado lo que es la familia con respecto á la sociedad, me propongo demostrar ahora, siguiendo el curso de las ideas y el encadenamiento de las cosas, lo que es Jesucristo con respecto á la familia. No habiendo establecido sino de un modo general la influencia de la familia sobre la sociedad, no estableceré tampoco sino generalmente la influencia de Jesucristo sobre la familia, siguiendo en mi segundo discurso el mismo plan que me propuse en el primero, pues que no hallo razon plausible para variarlo. Habiendo, pues, demostrado en el domingo último que la familia es el principio, el modelo y la fuerza de la vida social, voy á demostrar

ahora que Jesucristo es el principio, el modelo y la fuerza de la familia cristiana, y por consiguiente el progreso divino de la sociedad, realizado por el progreso divino de la familia.

I.

Tal vez sería ocasión oportuna para decirnos cómo había encontrado Jesucristo la familia, cuando vino para restaurar y levantar hasta así todas las cosas, porque, midiendo el abismo donde el paganismo la había precipitado, podríamos medir mejor también la altura á que Jesucristo la hizo remontarse consigo mismo. Pero creo, señores, que vuestra convicción sobre este punto no necesita del auxilio de la palabra. Una sola mirada que echemos, por superficial que sea, sobre los monumentos de la historia humana, basta para descubrir inmediatamente los misterios de oprobio que deshonraban á la familia en el paganismo, y la deshonran hoy todavía donde quiera que la Iglesia no haya llevado su Cristo, y donde quiera que Jesucristo no haya realizado la sociedad doméstica. En todas partes era la familia, pro-

porcionalmente á la abyección de los pueblos, el despotismo del padre y la esclavitud de la madre, resaltando entre ámbos, como resultado de la esclavitud y el despotismo, la degradación del hijo y el oprobio de la familia entera. Si alguna variedad ó diferencia admito sobre este punto, es la variedad en la ignominia ó la diferencia en los grados de una abyección común á todas las familias que no adoran todavía á nuestro Cristo. Evidentemente, era en el hogar doméstico, en la fuente misma de la vida humana, donde había de comenzar la transformación de la vida, destinada á preparar tantas otras transformaciones.

¿Qué hizo Jesucristo para que se operase en la familia transformación tan radical? ¿Qué medio empleó para que fuesen derrumbados, á presencia suya, el despotismo de los padres, la esclavitud de las madres, la degradación de la infancia, oprobios todos de la vida doméstica? ¿Se apresuró, por ventura, á proclamar en el mundo con el ruido estrepitoso peculiar de los reformadores los derechos del hijo, la rehabilitación de la mujer, y el destrona-

miento de la tiranía paterna? No, señores; Jesucristo prescindió de procedimientos tan vulgares, propios de los hombres; en esto, como en todo, procedió como un Dios, así en el fondo como en la sustancia de las cosas; hizo por la familia lo que había hecho por la sociedad y por el hombre individuo. Para levantar al hombre, se hizo hombre; para levantar á la sociedad, se incluyó en ella; para levantar á la familia, siguió el mismo método incluyéndose en la familia; y como esta es el principio vital de la sociedad pública, se hizo él también principio vital de la familia cristiana. Y ved aquí el primer misterio de grandeza consumado por el Cristianismo en el seno de la familia cristiana; ved aquí á Jesucristo creado, formado, y perpetuado en las generaciones por el ministerio de la Iglesia.

Pero ¿de qué influencias divinas, de qué misteriosos cáuces se valió la Iglesia para llevar al seno de la familia la vida de Jesucristo, á fin de formar-la luego á imágen suya y cubrirla con su fuerza como con un escudo invencible?

Señores, los cáuces misteriosos por donde la vida de Jesucristo va á parar á la familia cristiana, son los Sacramentos, y el secreto de su influencia divina está en la función misma que los administra. Los Sacramentos son misterios eficaces, signos operadores instituidos por Jesucristo para crearle á Él mismo en la humanidad, y conservar entre Él y la humanidad incorporada á Él mismo, relaciones vitales.

Y ante todo, señores, es de observar que Jesucristo no se contentó con establecer, como base de la sociedad doméstica y como nudo sustancial de la familia, un contrato humano, una mutualidad de consentimiento; sino que instituyó un Sacramento divino, el matrimonio cristiano.

(Se continuará.)